

DIEGO PALACIOS LLAQUE¹

POR UN SESGO ANARQUISTA EN LO POLÍTICO.

A propósito del libro *Elogio del anarquismo* de James C. Scott.

James C. Scott es un politólogo que ha realizado trabajo antropológico en zonas campesinas del sudoeste asiático. En *Elogio del anarquismo* (Scott 2013)², realiza un ensayo que sintetiza algunas de sus ideas de textos anteriores (Scott 1986, 1990, 1998), pero les da un giro a partir de un <<sesgo anarquista>> (pp. 10) al estudio de lo político y el cambio político. Desde esta perspectiva, busca mostrar facetas de fenómenos sociales – los movimientos populares, revoluciones, política cotidiana, el Estado – que antes no se habían tomado en cuenta. Así, retoma algunos ideales anarquistas: mutualismo, tolerancia a la improvisación del aprendizaje político, confianza en la acción espontánea. A partir de ellos, defiende que la política conlleva conflictos, debates e incertidumbres que no son necesariamente negativos para ella, al contrario de una mirada científica de la política, que busca la aplicación de leyes científicas a conflictos políticos con el objetivo de producir juicios racionales que iluminen las acciones políticas gubernamentales.

Un primer tema que resalta en el libro es la influencia de las instituciones en las personas y en lo político. Para Scott es necesario que nos preguntemos no por la eficacia y capacidad de las instituciones (desde la familia y la escuela, hasta el Estado y la empresa), sino por los efectos acumulados de sus acciones sobre los seres humanos y el tipo de persona que producen. Enfatiza que, desde la

revolución industrial, cada vez más personas se han quedado sin propiedades y dependientes para su supervivencia de organizaciones jerárquicas autoritarias que tienden a formar <<hábitos jerárquicos>> (pp. 113). ¿Qué efectos puede tener este hábito jerárquico institucional en la calidad de ejercicio de la ciudadanía en una democracia? Pues se producen ciudadanos que carecen de iniciativa propia y espontaneidad, y que se encuentran en una esfera pública relativamente libre, pero que por sus características autoritarias están en contradicción con los principios del diálogo democrático.

En cuanto a los efectos en lo político, Scott reflexiona sobre las medidas cuantitativas que los gobiernos utilizan para medir la calidad de su debate político y sus políticas públicas. Para Scott, el atractivo de la aplicación de las medidas cuantitativas de calidad se sustenta en dos ideas: 1) la creencia democrática en la igualdad de oportunidades; 2) la moderna convicción de que el mérito puede ser medido científicamente. El autor nos dice que los modernos creyeron que, a través de la aplicación de leyes científicas a los problemas sociales, una vez conocidos los “hechos objetivos”, se eliminarían los debates políticos por un juicio técnico neutral. Sin embargo, en el uso de las técnicas cuantitativas existen dos paradojas. Primero, los mismos ciudadanos piden a los gobernantes procedimientos de decisión

1 Bachiller en ciencias sociales con mención en Antropología por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Correo electrónico: dpalacios.llaque@gmail.com

2 En su idioma original, el libro tiene un nombre diferente: *Two cheers for anarchism. Six easy pieces on autonomy, dignity, and meaningful work and play* (2012). New Jersey: Princeton University Press.

objetivos y transparentes. Ante ello, el éxito de la técnica radica en aparecer apolítica ante las proclamas de los ciudadanos, es decir, que aparentemente sea científica y accesible al público. Segundo, si bien se presenta como apolítica, la técnica logra insertar un programa político que resulta opaco e inaccesible. En efecto, su política está incrustada en qué y cómo se medirá, qué escala se usará, cómo se transformará las observaciones en números y en cómo se utilizarán esos números para tomar decisiones políticas.

Estas medidas cuantitativas de calidad funcionan como una <<máquina antipolítica>> (pp. 153). El autor señala que países desarrollados han adoptado criterios meritocráticos y técnicos para la distribución de fondos públicos entre diferentes sectores de la sociedad para que aparente ser más justo. No obstante, estos criterios son establecidos y controlados por técnicos que buscan reducir las discusiones políticas a un examen de calidad numérico. Al confiar en las medidas cuantitativas de “los expertos neutrales”, se produce una despolitización del debate público, pues las decisiones trascendentales de gobierno son sacadas de la esfera pública de debate. Así pues, los expertos y sus técnicas se ubican en una posición de neutralidad en la cual tienen un campo libre para decidir sobre las acciones de gobierno mientras que, al mismo tiempo, se oscurece el elemento político en la misma toma de decisiones. La falla de estas técnicas de gobierno está en que, en nombre del progreso y la igualdad democrática, se produce una máquina antipolítica que elimina los espacios de discusión política al dejar las decisiones de gobierno en manos de comités técnicos. El orden político compatible con estas técnicas es un ‘régimen desinteresado’ formado por una élite técnica que usa su conocimiento científico para regir asuntos humanos; es decir, un orden político neoliberal que al escudarse “en el cálculo científico, han llegado a reemplazar otras formas de razonamiento” (pp. 173).

Un segundo tema que sobresale a lo largo del libro son las luchas que surgen entre los órdenes oficiales y los órdenes locales. Desde el nacimiento del Estado, éste y otras grandes organizaciones han ido apropiándose y destruyendo prácticas locales y tradicionales con el objetivo de uniformizar los espacios sociales. No obstante, los órdenes locales han resistido a estos intentos y muchos planes de

modernización han fallado. En los lugares en donde sí han funcionado, no solo se sustentan en el sistema formal del orden oficial, sino también en prácticas locales y procesos informales no reconocidos; sin estos, el orden oficial no podría seguir existiendo.

Sin embargo, si bien el Estado-nación ha sido el <<enemigo jurado del anarquista>> (pp. 86), en esta época de globalización, los enemigos también son las organizaciones transnacionales (FMI, OMC, BM). En efecto, estas organizaciones se encargan de homogenizar las economías del mundo, bajo los estándares normativos de los países del Atlántico-norte, a través de la “ayuda” económica y monetaria a cientos de países. La tendencia en la actualidad es que las instituciones globales hagan pasar sus propias tradiciones económicas noratlánticas como verdades universales de prosperidad económica. Para Scott, el resultado es una reducción de la diversidad cultural, política y social; de diferentes mundos de vida no-noratlánticas.

Por otro lado, Scott nos plantea un tercer tema a partir de la defensa de la pequeña burguesía como agente en el cambio social. El autor menciona que los pequeños propietarios son representantes de los ideales anarquistas de la autonomía, la libertad y el mutualismo, porque a diferencia de los proletarios y oficinistas, ellos controlan “su trabajo y su horario laboral sin apenas, o ninguna, supervisión” (pp. 122). Esta sensación de autonomía y libertad es una aspiración social que ha sido despreciada por los marxistas, pues los pequeños burgueses son amigos de conveniencia de la izquierda, ya que su objetivo es convertirse en grandes capitalistas. La intelectualidad y la aristocracia también los menosprecia por la “preocupación por el dinero y por las propiedades que caracteriza a los nuevos ricos” (pp. 124). Por último, el Estado los rechaza, pero por una causa de origen estructural: la pequeña propiedad es difícil de controlar y regular por el Estado.

Para Scott, todo sueño pequeño burgués consiste en poseer alguna propiedad. El atractivo radica en que no solo puede generar independencia, autonomía y seguridad ser propietario de algo, sino también confiere rango, honores y dignidad asociados a la pequeña propiedad frente al Estado y los vecinos – por ello, en las sociedades campesinas, se busca poseer

aunque sea la más mínima porción de tierra. Además, los sueños frustrados de poseer alguna propiedad por parte de la pequeña burguesía son el habitual fermento de las revoluciones. En el caso del campesinado, su participación en las revoluciones del siglo XX se dio por el intento de conseguir tierra en propiedad y el rango e independencia que ello conllevaba.

Un último tema importante, al cual Scott dedica gran parte del libro, gira en torno a la política institucional, la política de las clases subalternas y los cambios sociales en la democracia. Sobre la primera, Scott propone <<la paradoja de la organización>> (pp. 16). En contra de lo que se suele señalar, las organizaciones e instituciones nacen de los movimientos de protesta, y no al revés. Es más, estas mismas organizaciones tratan de “domesticar” la protesta para que encaje en las vías institucionales de la política; lo paradójico para las reformas democráticas es que estas organizaciones nunca han logrado un cambio estructural significativo en favor de los más pobres a través de la política institucional. Así pues, las transformaciones estructurales suelen suceder cuando existen masivas protestas no institucionalizadas que desafían al orden institucional. Aunque no todo desafío deviene en un cambio revolucionario; también puede llevar al autoritarismo o fascismo, pero es necesaria una protesta no institucional para un cambio estructural en las sociedades.

En contraposición al orden institucional, la política en las clases subordinadas, durante gran parte de su historia, ha estado ajena a las instituciones y organizaciones. Para el campesinado y la primera clase obrera del siglo XIX existe un reino de la política que está fuera del espectro a lo que solemos considerar “política”. Scott la llama <<infrapolítica>> (pp. 19) y consiste en: “largas acciones o inacciones, furtivismo, ratería, disimulo, sabotaje, desertión, absentismo, ocupación y huida” (pp. 20); en otras palabras, acciones que no confrontan directamente el orden establecido sino que, a través de sus intersticios, logran cuestionarlo pero sin correr los riesgos de un enfrentamiento directo al orden oficial; sin embargo, la acumulación de miles de estos actos pueden desestabilizar estructuras sociales.

Scott llama a este tipo de actos <<los usos del desorden>> (pp. 27). Para el autor, los desordenes

pueden ser clasificados en dos: los desordenes invisibles y los desordenes visibles. En cuanto a los desordenes invisibles, Scott retoma su concepto de <<formas cotidianas de resistencia>> (pp. 34) y nos señala que pequeños actos de insubordinación anónima de las clases subalternas pueden ser peligrosos para los Estados (debido a su anonimato, no se registran en los archivos históricos). Estas formas cotidianas de resistencia son invisibilizadas por: quienes la realizan – su efectividad y seguridad radica en que permanezcan anónimas; y los funcionarios oficiales – no pueden llamar la atención sobre estos actos, pues otros pueden sumárseles³. Luego, Scott retoma otro concepto para señalar que las élites y los pobres cuentan con armas de lucha política. Las armas de las élites son las leyes y las instituciones del Estado; en cambio, las armas de campesinos y subalternos son acciones ilegales (apropiación y destrucción propiedades, desertión del ejército, uso y robo de bienes ajenos, etc.) que cuestionan las mismas armas de las élites. Estas armas son la única política cotidiana (infrapolítica) a su alcance. Cuando no funcionan, se da paso a los desórdenes visibles.

Ciertamente, los desórdenes visibles están precedidos por una intensificación de la infrapolítica. En esta parte, Scott no se dedica a pensar las diferentes formas de desórdenes visibles (para el autor son: revueltas, revoluciones, acciones populares en masa etc.), sino reflexiona sobre los partidos políticos, revoluciones y el cambio social. Así pues, en la política democrática liberal rutinaria no se hace nada por los pobres hasta que una crisis los impulsa a realizar disturbios; recién en esos momentos se llevan a cabo reformas estructurales⁴. Scott señala que esto

3 Scott señala varios ejemplos de desórdenes invisibles. Entre ellos se encuentra el furtivismo que los plebeyos llevaron a cabo en las tierras de la corona del Reino Unido entre los siglos XVII y XIX. Según Scott, la población nunca aceptó los títulos de propiedad de la corona sobre ciertas tierras, por lo que cada cierto tiempo cazaban y recolectaban madera en ellas. Esta práctica fue tan extendida que la nobleza tuvo que reconocer que sus derechos solo figuraban en el papel, por lo que buscaron solucionarlo no a través de declaraciones públicas de castigo o de guerra, sino negociando clandestinamente con los plebeyos. De esta manera, la población se apropió de las tierras sin siquiera haber buscado reivindicarlas formalmente a través de un título de propiedad.

4 Es necesario hacer el siguiente apunte. Scott no cree que el Estado sea siempre enemigo de la libertad, pues a lo largo de la historia hay varios ejemplos de Estados que han ampliado el ámbito

es una contradicción de la teoría política democrática, pues necesita de episodios de desorden no institucionalizado (que en su mayoría son violentos) para que existan cambios democráticos-estructurales.

El papel de los sindicatos y partidos políticos es el de institucionalizar la protesta a través de la transformación de la frustración de los pobres en un programa político claro y directo desde el cual se tomen decisiones políticas, se negocie con las élites y sean digeridas por las instituciones legislativas. De esta forma, las organizaciones progresistas alcanzan visibilidad por la rebeldía que no han incitado ni controlado, pero obtienen influencia por la presunción de que pueden disciplinar las demandas de las masas insurgentes y encausarlas en la política institucional. No obstante, mientras más disciplinan las protestas también se aminora su capacidad de afectar y cambiar la política institucional.

En las páginas finales, Scott reflexiona sobre la construcción de relatos y explicaciones científicas sobre lo político en las ciencias sociales y en el orden oficial. El autor menciona que las ciencias sociales y la historia tienden a crear relatos coherentes sobre acontecimientos y acciones de movimientos sociales con el fin de hacerlos legibles y comprensibles. Al hacer esto, los científicos sociales destierran las contingencias que experimentan los actores en sus momentos históricos pues les confieren justificaciones y razones que estos no necesariamente fueron capaces de ver en el momento en el cual sucedían los eventos. De esta manera, se confiere un orden retroactivo a acontecimientos que pudieron ser desordenados o contingentes.

Sin embargo, esta tendencia a ordenar y simplificar acontecimientos no solo es un error epistemológico de la academia, sino una lucha política en la cual el poder oficial, a través del trabajo simbólico, busca ocultar el desorden e improvisación del poder político. Las élites y los poderes oficiales construyen relatos pulcros para transmitir imágenes de control, pero que en realidad son imágenes de

causalidad histórica que “no nos dejan ver que la mayor parte de revoluciones no son obra del trabajo de partidos revolucionarios, sino el resultado de una acción espontánea e improvisada” (pp. 188); que los movimientos sociales organizados son producto y no causa de las protestas; que los logros de emancipación humana no son producto de acciones institucionales, sino de actos desordenados e impredecibles que hicieron fisuras – desde abajo – en el orden establecido.

Como hemos podido leer a lo largo del texto, los temas ejes del libro son cuatro: los efectos de las instituciones en las personas y en lo político, las tensiones entre los órdenes locales y oficiales, el papel de la pequeña burguesía en la transformación social, y lo político y el cambio social en las democracias. En cuanto a lo que se refiere esto último, en la teoría política contemporánea existen autores que están proponiendo nuevas formas de comprender lo político y la democracia: una de ellas es Chantal Mouffe. La autora propone que es necesario distinguir <<lo político>> de <<la política>>: lo primero es la dimensión ontológica del antagonismo de las sociedades a partir de la confrontación de identidades políticas – amigos/enemigos – y lo segundo es el conjunto de instituciones que establecen un orden a partir de la organización de la conflictividad de lo político (Mouffe 1999 y 2009). Además, señala la necesidad de una política democrática pluralista y radical que tenga un modelo adversarial de la política, es decir, un enfoque que transforme el antagonismo de lo político en un agonismo, en el cual no se destruirá a un enemigo, sino debatirá y discutirá propuestas políticas diferentes con un adversario sobre la organización del espacio simbólico común – las instituciones democráticas liberales – en el cual se impondrá, temporalmente, alguna de ellas (hegemonía) – aunque nunca se podrá eliminar el antagonismo, solo sublimarlo (Mouffe 1999, 2003 y 2009).

Proponemos que algunas ideas planteadas por Scott no serían totalmente contradictorias con las de Mouffe: si bien no lo expresa de la misma manera, para nuestro autor lo político es el espacio de constante conflicto y debate, y la política es el lugar en el cual se domestica la protesta a través de organizaciones e instituciones. Sin embargo, la diferencia con Mouffe radica en que, para Scott, la política si bien tiene

las libertades humanas. El problema radica en que las condiciones para que sea posible este tipo de acción del Estado (solo) se generan a partir de protestas multitudinarias externas a la institucionalidad – que nacen de la intensificación de la infrapolítica – y que amenazan todo el aparato político.

una dimensión institucional, también cuenta con una más: la infrapolítica (de las clases subalternas), que se desarrolla en un nivel no-institucional, con estructuras temporales y organizadas a través de redes. Esta distinción es importante, pues para Mouffe el cambio social estaría en la lucha hegemónica a través de una política agonista en el plano institucional mientras que, para Scott, la transformación nunca sucede a través de instituciones, sino a partir de la exacerbación de la infrapolítica y de protestas que nacen de esta intensificación.

En otras palabras, a Scott no le sorprende que las organizaciones progresistas busquen el cambio social a través de la política institucional, como propone Mouffe, ya que ese es el plano en el que existen. El problema es que las instituciones siempre trabajarán para mantenerse a sí mismas y la contradicción de la democracia es que nunca ha logrado un cambio realmente importante a través de las mismas instituciones que la hacen existir. Así, mientras que Mouffe es optimista de que la transformación social a través de las instituciones democráticas liberales es posible, Scott plantea una desconfianza anarquista de las mismas para señalar que solo desde acciones espontáneas no institucionales se han logrado las verdaderas revoluciones emancipadoras de la humanidad.

De esta forma, el diagnóstico de Scott sobre el cambio social en las democracias es esperanzador, pero terriblemente trágico: nos señala que sí pueden existir cambios sociales significativos, pero que son consecuencias estructurales de un incremento progresivo (y violento) de tensiones y disputas en la infrapolítica. En otras palabras, “otro mundo es posible”⁵, pero no lo podemos buscar ni impulsar previamente a través de algún grupo organizado porque quedará atrapado en <<la paradoja de la organización>>; solo nos queda esperar la exacerbación de los conflictos en la infrapolítica (que derivan en los <<desórdenes visibles>>) que la propia estructura del sistema (democrático y capitalista) se genera a sí misma.

Si bien Scott no busca proponer una vía de

acción política, pues su libro es un análisis inductivo desde las ciencias sociales sobre los diferentes procesos históricos y políticos, una lectura radical de su diagnóstico podría llevar a un nihilismo político que simplemente espere el *cambio social significativo* por las *fallas del sistema democrático* y que, además, acepte la *violencia* que aquel puede acarrear. Cualquier intento premeditado de impulsarlo o encausarlo solo vendrá en el reforzamiento institucional del sistema.

Sin embargo, tomar realmente en cuenta el sesgo anarquista al que nos invita Scott, sin caer en los abismos nihilistas, nos exige pensar y crear modos de cambio social no-violentos a partir de algún tipo de agencia que no caiga en el refuerzo de la institucionalidad existente y que no se derive de las fallas estructurales del sistema democrático y capitalista. Los desarrollos teóricos políticos contemporáneos, como la democracia pluralista radical de Mouffe, nos muestran que todavía no alcanzamos a superar los impases señalados por Scott. ▲

BIBLIOGRAFÍA

- MOUFFE, Chantal
1999 *El retorno de lo político: comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- 2003 *La paradoja democrática*. Barcelona: Gedisa.
- 2009 *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- SCOTT, James C.
1986 *Weapons of the weak: everyday forms of peasant resistance*. New York: Yale University.
- 1990 *Domination and the arts of resistance: hidden transcripts*. New Haven: University Press.
- 1998 *Seeing like a State: how certain schemes to improve the human condition have failed*. New Haven: Yale University.
- 2013 *Elogio del Anarquismo*. Barcelona: Editorial Planeta, 2013.

5 Al menos un mundo con mayor libertad y justicia social.